

## La ontología de Santayana\*

José Beltrán Llavador

### ABSTRACT

There is no doubt that George Santayana's ontology, to which he devoted fifteen years and his tetralogy *The realms of being* (1927-1942), constitutes his main philosophical work. Through four domains or regions of reality (matter, essence, truth and spirit) the thinker presents a guide, or map, for action, i.e., a sort of grammar for the understanding and interpretation of the world rather than a mere description of the universe. In this scenario, matter holds a privileged position, for it stands as the origin of every possible transformative and creative capacity. The other realms enrich this perspective while acting as auxiliary categories with which one may interpret the dynamism of the material realm.

### RESUMEN

La ontología de George Santayana, desarrollada a lo largo de tres lustros en su tetralogía *Los reinos del ser* (1927-1942), constituye sin lugar a dudas su principal obra filosófica. Aquí el pensador presenta, a través de cuatro planos o regiones de la realidad (materia, esencia, verdad y espíritu) no tanto una descripción del universo, sino un mapa para la acción, una gramática para comprender e interpretar el mundo. En este escenario, la materia ocupa una posición privilegiada, en tanto que origen de toda capacidad transformadora y creadora. El resto de reinos enriquecen esta perspectiva y sirven como categorías auxiliares con las que interpretar el campo de lo material en su dinamismo.

La filosofía de George Santayana (Madrid, 1863–Roma, 1952) constituye un caso singular en ese riquísimo laboratorio de ideas que ofrece el panorama filosófico occidental de la primera mitad del siglo XX, y del que todavía somos deudores.

En el caso de Santayana, la singularidad de su empresa filosófica es indisoluble del perfil del propio personaje. Santayana es un “rara avis”, un pensador extraordinario en su más literal sentido del término: fuera de lo ordinario, de los lugares comunes, y de los modos de hacer filosofía al uso. Santayana fue un filósofo irónico, desapegado, en ocasiones contradictorio, de intereses y de registros plurales, pues tan pronto escribía poesía, como epístolas, tratados, ensayos, novela, autobiografía. Siendo español, toda su obra la escribió en un magnífico inglés, un idioma que adoptó o por el que quizá fue adoptado desde su temprana infancia. Autor contracorriente, no por voluntad de oposición, sino porque sencillamente fue “a su aire”, cultivando

una soledad, lejos de ensimismada o aislada, tan independiente como cosmopolita, abierta al diálogo y a la amistad con sus coetáneos. Algunos le llegaron a tildar de heterodoxo, aunque él mismo se consideraba, no sin cierta dosis de ironía, ortodoxo. Pensador en la frontera, entre dos siglos y dos mundos, Norteamérica y Europa, Santayana es un testigo tan cercano como narrador distanciado de algunos de los acontecimientos sociales y culturales más relevantes de nuestra historia reciente. Desde esa perspectiva un tanto desasida, oblicua, que encontramos en sus ensayos y en sus modos de hacer filosofía, su vasta obra puede entenderse mejor como un contrapunto extemporáneo a las vanguardias intelectuales de sus contemporáneos. Y acaso esa misma extemporaneidad le mantiene al margen de la efímera caducidad de algunas propuestas del momento, al tiempo que proporciona a sus escritos el “aroma” característico de un clásico. Por ello, las páginas de quien renunció a la enseñanza de la filosofía cuando mayores reconocimientos había obtenido, para dedicarse al oficio de “pastor de sus pensamientos”, conservan en la actualidad la misma vigencia que cuando fueron escritas. Todas ellas representan, además, una variada síntesis de influencias: algunas pertenecientes a una larga tradición —materialismo, naturalismo, mística— y otras, fruto de su tiempo, que él mismo habría de ver germinar —pragmatismo, realismo crítico, psicoanálisis—. Su producción posee un carácter poliédrico que da cabida a múltiples voces y lecturas, un amplio corpus que se ha materializado en más de treinta libros publicados durante su vida y en más de una docena de volúmenes póstumos.

El conjunto de escritos de Santayana se puede clasificar en dos etapas claramente diferenciadas, los años de aprendizaje y la etapa de madurez. La primera se fragua prácticamente en Estados Unidos, con la salvedad, no poco relevante, de los frecuentes viajes efectuados desde allí al viejo continente. La segunda corresponde propiamente a su distanciamiento de Norteamérica y a su establecimiento definitivo en Europa a partir de 1911, cuando Santayana ya ha cumplido los cincuenta años. Entre una y otra se puede observar un cambio de énfasis en los temas tratados a partir de un cierto itinerario que recorre intereses distintos: estéticos, epistemológicos, ontológicos, religiosos, políticos, etc., y un enfoque para abordarlos que se sitúa en la zona limítrofe entre la literatura y la filosofía. Se puede apreciar la obra de Santayana como una polifonía que va introduciendo variaciones sobre una serie de temas recurrentes. De ahí que él mismo reconozca que “mi filosofía nunca ha cambiado”.

El final de la primera etapa ya nos ofrece un precedente interesante de algunas de las cuestiones que después conformarán su ontología *in nuce*. Así, a lo largo de la pentalogía *The Life of Reason*, (1905-1906), el filósofo español nos ofrece una aproximación episódica a lo que denominó, utilizándolo como subtítulo, “las fases del progreso humano”. Santayana trazó aquí un fresco naturalista en el que da un amplio repaso a las instituciones humanas: sentido común, sociedad, religión, ciencia y arte. Considerada esta obra como una in-

vitación vitalista a la acción, con influencias del pragmatismo, y en sintonía con el movimiento naturalista de la época, fue saludada con entusiasmo. Santayana define *The Life of Reason* como una “historia sumaria de la imaginación humana”, distinguiendo expresamente aquellas fases de lo que Herbert Spencer llamaba coordinación de relaciones internas y externas, esto es, una adaptación de la imaginación y el hábito a acontecimientos materiales. El propósito no era describir la naturaleza, sino más bien las ideas de la naturaleza ocasionadas en la mente humana. Y su interés no se centraba en estas ideas por sí mismas como por su valor simbólico. Se trataba de descubrir qué sabiduría es posible en un animal cuya mente es poética, no literal.

Cuando Santayana ya ha superado “la mitad del camino”, siguiendo la expresión de su autobiografía, abandona definitivamente Norteamérica para asentarse finalmente en Roma. En esta ciudad el pensador español, con sesenta años, irá alumbrando durante tres lustros la que se puede considerar su obra más importante: el cuarteto de *The Realms of Being* (RB: 1927-1942), que fue precedido por *Scepticism and Animal Faith* (SAF: 1923). Ambas obras contienen una riqueza y una belleza incomparables, y las dos proporcionan una compleja y original lección, un elaborado proyecto de imaginación y de reconstrucción filosófica. En ellas el autor vierte lo más granado de su pensamiento y sintetiza, de manera sistemática, todo su trabajo en curso. En la primera, escrita en su origen como preludio a la ontología de RB, Santayana desarrolla su credo epistemológico. Mientras que la siguiente se puede considerar como un excursus a regiones de la realidad que ya quedaron trazadas y sustancialmente recorridas siguiendo el método propuesto por SAF, de manera que resulta más difícil comprender cabalmente su metafísica sin abordar primero su teoría del conocimiento, de la que deriva lógicamente.

Con SAF, subtítulo “Introducción a un sistema de filosofía”, el pensador presenta un sistema que “no es mío, ni es nuevo”. El propósito de Santayana no es establecer un corpus de proposiciones, ni fundar un nuevo sistema donde poder apoyar el sólido armazón del conocimiento. Al contrario, como él mismo se encarga de aclarar desde el mismo Prefacio: “Me hallo en la filosofía exactamente donde me hallo en la vida diaria”. La vida diaria se refiere a aquella en que entra en juego la trama de creencias, intereses y temas urdidos por el sentido común, de manera similar a aquella parcela de la que Moore, salvando las distancias de intención y tono, hablaba cuando proponía su lista de trivialidades: “En el momento presente hay un cuerpo humano vivo que es mío. Este cuerpo ha nacido en una época pasada y desde entonces ha existido con continuidad, aunque no sin cambios subyacentes, etc.” Tales creencias son las que permiten, aun con toda la carga de dogma, superstición y quizá sabiduría, concebir el mundo de la forma en que lo hacemos. Pero el programa trazado por Santayana en SAF, admitiendo la complejidad de la realidad y contando con los utillajes del sentido común, los que proporciona la vida diaria, es esencialmente crítico. Lo que pretende, en definitiva, es llevar a cabo una “di-

solución de la superstición”, una batalla, en sentido baconiano, contra los “idola”, para alumbrar, si es posible, lo que considera la conclusión más importante de la filosofía, esto es, la relación del ser humano con el universo.

Para cumplir esta empresa elige una doble vía. Son los dos estadios que dan título a su obra: escepticismo, en un primer momento, y fe animal, en un segundo momento. El escepticismo metodológico de Santayana —es “un ejercicio, no una vida”— supone la puesta en suspenso de todo tipo de creencias admitidas, incluso la de la propia existencia. Su conclusión es que muy pocas, si no ninguna, pueden ser probadas. Al mismo tiempo tendrá que admitir que, mientras nada extraordinario lo impida, el mundo seguirá girando. En el sistema de Santayana esto significa la presunción de la materia. Y esto supondrá de nuevo, aunque desde otra perspectiva, la admisión, por instinto vital, de las convenciones del sentido común que antes había puesto en duda. Santayana denomina este segundo estadio fe animal.

Desde una postura realista, Santayana mantiene la tesis de un conocimiento no directamente presentativo, sino representativo de la realidad: “El conocimiento —afirma— es fe mediada por símbolos”. En sus propios términos esto significa conocimiento simbólico frente a conocimiento literal. Este último consideraría las cosas como un “en sí” de naturaleza neutra e incolora. Santayana, en cambio, afirma que las cosas, en cuanto conocidas, son “cosas en ti”, es decir, interpretadas o mediadas simbólicamente. Hay, en definitiva, una realidad independiente (“en sí”) que puede ser conocida parcialmente. Como corolario, la filosofía de Santayana, tal como viene formulada, no es tanto una teoría del conocimiento cuanto una crítica del mismo, reflejada, más que con un aparato analítico, con el apoyo de la propia experiencia. La crítica de Santayana se concentra, sobre todo, en su oposición a la vanidosa pretensión de que nuestro conocimiento es literal, un espejo de la realidad. Frente a esta concepción, su obra no hace más que ilustrar su irreverencia hacia ese ídolo o falsa autoridad. La ilusión de un pensamiento “diáfananamente cognoscitivo” se corrige mediante el carácter simbólico de lo dado. Tal discernimiento vuelve el pensamiento a su justo lugar, sin arrogarle otro papel que el que le corresponde, el de mapa para la acción o el de gramática para llevar a cabo una lectura de la existencia. Donde la estructura original de las convenciones se hacía llamar “sentido común”, ahora se desvela, sin embargo, como la reversión del sentido común: como “sin sentido común” o, en expresión de Santayana, “locura normal”. No invalida este hallazgo las pretensiones del conocimiento, pues aunque éste no es sabiduría, es una tentativa de sabiduría en la medida en que pretende despertar de “sueños dogmáticos”.

Tras *SAF*, publica *Dialogues in Limbo* (1926), que sin duda contiene alguna de las piezas más originales de cuantas haya legado. Cabe destacar, como señala Manuel Garrido en el prólogo a la más reciente y completa edición de esta obra, el protagonismo de Demócrito en los cinco primeros diálo-

gos, ilustrando un materialismo que constituye la piedra de toque de su ontología. Precisamente, el diálogo titulado “Locura normal” ilustra el tránsito o entrada a las provincias de la realidad que dibujan su peculiar panorama ontológico. Aquí Santayana, por boca de Demócrito, recomienda “mantener la ilusión, sin sucumbir en ella”. Así, “en todas las ilusiones hay alguna verdad, puesto que siendo productos de la naturaleza tienen todos cierta relación con la naturaleza, y un espíritu prudente, quitándole las máscaras, puede descubrir sus motivos verdaderos”. Un espíritu prudente es el que descubre el juego de la ilusión reconociendo que hay estratos de la apariencia que cubren el campo de la realidad, y aceptando, en consecuencia, que “cordura convencional es locura normal.” El camino epistemológico de la desilusión desemboca en un modo de afirmación desasida, que no es escape ni huida, sino aceptación y apertura a un mundo que nos desborda, y a cuya comprensión Santayana nos aproxima a lo largo de su proyecto ontológico.

La cuatrilogía que compone la obra *RB* constituye un mosaico ontológico que presenta cuatro especies o planos de realidad diferentes, que Santayana ya había introducido en *SAF*: esencia, materia, verdad y espíritu. En *RB* se abordan los mismos temas que quedaron trazados en su teoría o crítica del conocimiento, pero desde ópticas distintas, menos complejas técnicamente y más “amistosas” para las convicciones humanas. Si con la primera se realizaba una incursión o viaje *de profundis*, aquí se lleva a cabo una excursión por distintas regiones de la realidad. El propósito de Santayana es tratar de distinguir las clases de realidad que una mente animal puede discernir, realidades que para él quedan articuladas de modo opcional y trazadas de forma ecléctica, con el único fin de proporcionar cierto orden a sus pensamientos libres. Su sistema, lejos de lo que denomina “sofistería profesional” o academicismo, no fue tanto formado como descubierto dentro de sí mismo y coincide con la filosofía “muy antigua”. Su pretensión es retrotraerse a las presuposiciones últimas implicadas en declarar la posibilidad de conocimiento, y que no es posible rechazar con honestidad. Es cierto que la vida de la imaginación representa la vida libre de la mente, pero no es menos cierto que no es el único ni el verdadero camino del conocimiento. Sin embargo, la verdad absoluta —“ese segmento del reino de la esencia que acontece para ser ilustrado en la existencia”— que posee su propia esfera ontológica, permanece incognoscible, y así se alcanza una de las conclusiones más importantes que Santayana quiere anticipar desde el principio: la función de la mente es “incrementar la salud del mundo en la dimensión espiritual, añadiendo apariencia a la sustancia y pasión a la necesidad”.

Los animales, afirma Santayana, leen la naturaleza en sus idiomas particulares; tales perspectivas, desde el reino de la verdad, hacen que el conocimiento sea relativo a nuestra crónica o interpretación de las cosas y permiten, de paso, que el reino de la materia permanezca envuelto por los sutiles pliegues de la vestidura de la apariencia, por los velos de Maya. Cada

persona conforma cuadros diferentes y puede dirigirse a territorios diferentes, según los términos con que describan las cosas. Todos los términos posibles del discurso mental son esencias, que no existen en ninguna parte y dan lugar a un reino de la esencia: la vida traducida a discurso, la realidad vertida en su expresión menos literal o isomórfica, más novedosa e imaginativa. A la conciencia iluminada, al testigo de este mundo, debemos reconocerla como espíritu dentro del reino del espíritu. El espíritu es la mirada de la atención, que observa e interpreta desde una posición ontológicamente privilegiada, el resto de provincias, dotando de sentido una realidad material por sí misma carente de toda razón.

Ensayando una nueva perspectiva, Santayana publica en 1936 su “novela en forma de memoria”: *The Last Puritan*. En esta obra no establece ninguna ruptura como filósofo, sino que más bien pretende integrar al hombre de estilo con el hombre de pensamiento, dando expresión narrativa a la célebre máxima de *SAF*, según la cual “el universo es una novela cuyo héroe es el ego”. Editada cuando ya había publicado los dos primeros reinos del ser, *The Realm of Essence* (1927) y *The Realm of Matter* (1930), y le quedaba por publicar los dos últimos, *The Realm of Truth* (1938) y *The Realm of Spirit* (1940), esta novela constituye una buena síntesis y un anticipación de los motivos que ocupan su reflexión ontológica. El protagonista de esta novela de formación encarna un auténtico antihéroe, un “Quijote cuerdo”, toda una figura de la realidad o arquetipo. Este sujeto filosófico, este espectador distante de su mundo, concentra además, desde su extrema lucidez, los atributos de la esencia, la materia, la verdad y el espíritu.

Estos cuatro reinos son aspectos de la misma realidad. Su articulación, siguiendo a Santayana, no pretende ser completa ni exclusiva, puesto que se puede llegar a la claridad por otras vías, y de hecho la humanidad así lo confirma. En la filosofía técnica, apunta Santayana, abundan problemas innecesarios, que para el verdadero sabio, o bien son insolubles, o bien se resuelven mejor no planteándolos, disolviéndolos. Surge su filosofía, entonces, más como una disciplina de la mente y del corazón, siguiendo a los antiguos, que con un propósito científico y exhaustivo. Tal como su título reza, su sistema adopta un carácter marcadamente ontológico, una vez sentadas críticamente las creencias mínimas y presuposiciones radicales en su indagación epistémica anterior. Su resistencia a llamar a su posición y a su exposición metafísica, obedece a la denuncia de que tal término quedaba reservado a un abuso particular de categorías supramateriales, cuando para Santayana todas las cosas inmatrimales son cualidades o productos emergentes a partir de un medio físico, poniendo de esta manera el acento en un materialismo al que no renunciará jamás. Y aunque predominan más los planos “metafísicos” (esencia, verdad y espíritu) que los “físicos” (materia), Santayana rechaza el calificativo de “metafísico” para el conjunto de su sistema enfatizando de este modo el privilegio ontológico de la materia sobre el resto de reinos del ser.

La ontología de Santayana no debe confundirse con una descripción del universo: no es una cosmología. No pretende el pensador hacer un inventario exhaustivo de la realidad, sino trazar un mapa para la acción, para ser huéspedes merecedores de nuestro anfitrión el mundo. La fe animal, en el plano epistemológico, supone el reconocimiento de la materia, en la dimensión ontológica, como fuente y origen de toda potencialidad, de toda capacidad de transformación y creación. Pero el realismo de Santayana no se agota en la admisión reductivista de la materia como única realidad. El resto de reinos del ser enriquecen esta perspectiva, sirviendo como categorías auxiliares con las que interpretar el campo de lo material en su flujo y dinamismo, al tiempo que compensan la asimetría del conocimiento respecto a la realidad. La ontología de Santayana se entiende mejor, en el conjunto de su aventura intelectual, como una invitación a pensar y a expresar el mundo, no como un ejercicio de consolación, sino como una celebración.

*Departament de Sociologia i Antropologia Social  
Universitat de València  
Avda. dels Tarongers s/n, 46022 València  
E-mail: Jose.Beltran@uv.es*

NOTAS

\* Capítulo correspondiente a *El legado filosófico y científico del siglo XX*, Madrid, Cátedra, 2004, (en prensa).